

## La deuda

Por Luis Hernando Osorio Berrío

*Apenas cumplía los 6 años, vivíamos en un pequeño pueblo de nombre bíblico: don Matías, ahora un próspero centro industrial distante 45 kilómetros de la ciudad de Medellín donde habitaba una hermana de mi madre, cercana a la colonial iglesia de la Veracruz. En esa época Medellín era una pequeña Villa, La Bella Villa, como solían llamarla. Coincidentalmente me encontraba jugando con otros compañeritos cuando observé un alboroto; un sacerdote salía apresuradamente portando una vasija con agua bendita, con la cual, en determinadas circunstancias le suelen rociar a vivos y a muertos.*

*Pregunté a uno de los curiosos qué sucedía y me respondió que se había matado un cantante en un accidente aéreo en el aeropuerto La Playa (ahora El Olaya Herrera), con natural indiferencia propia de mi edad, sin precisar la magnitud de la tragedia continué jugando. Al regreso a la casa de mi tía encontré a Jesús, mi hermano mayor, contando detalladamente cómo se había producido la tragedia que conmovió a todas las clases sociales por el choque de dos aviones con sus fatales consecuencias, quedando carbonizados la mayoría de los cuerpos, incluyendo el cantante Carlos Gardel, su guitarrista y compositor Alfredo Lepera, el piloto del avión Samper y el resto de su conjunto.*

*Con el transcurso del tiempo, obligados por limitaciones económicas ocasionadas por el fallecimiento de mi padre, el dentista de don Matías, nos trasladamos a Yolombó al nordeste de Medellín, a 108 kilómetros. Buscábamos la protección económica de mi abuelo materno Mayor Macario Berrío, veterano de la guerra civil de los Mil Días, que poseía una hacienda llamada la Alejandría de las más grandes y conocidas de Yolombó.*

Yo crecía, en todas las cantinas del pueblo en las que a puertas abiertas se escuchaban tangos: "Que le importa al Mundo", "Cambalache", "Noche triste", "Caminito", etc. Era el auge de las películas argentinas basadas en tangos: "Mi Buenos Aires Querido", "Flor de Durazno", etc., protagonizadas por aquel cantante que se carbonizó en Medellín: Carlos Gardel, la personalidad más representativa del cancionero argentino, que también había sido aprendiz a linotipista en la imprenta situada en la calle Florián de Buenos Aires. Gardel, "cuyas canciones tocaron todos los registros del sentimiento popular". Fue la época del mejor cine latinoamericano, aparecieron grandes luminarias como Libertad Lamarque, Hugo del Carril, Agustín Magaldi, Luis Sandrini, etc.

Los entonces adolescentes deseábamos conocer el origen del tango y del cine argentino.

Nos habíamos trasladado a vivir a la ciudad de Medellín. A mis 14 años, aprovechando las vacaciones escolares, ingresé como aprendiz de tipografía a la Editorial Bedout. Un compañero, también aprendiz, el Mono Vélez, como lo apodábamos, 2 años mayor que yo, me insinuó volarnos de la casa, viajar a Barranquilla, colarnos en un Santa, enormes transatlánticos que, en ese entonces, navegaban en los mares del mundo. Iríamos a Buenos Aires, para conocer dónde había vivido Carlos Gardel, dónde estaba enterrado, conocer los estudios de filmación de las películas de tangos y, si fuera posible, aprender a ser artistas. Éramos toda una llama de ilusiones. Recordé a José de Vasconcelos: "Primero es soñar y después es ser, el sueño antes de la creación. Si no sabemos soñar, jamás podremos construir".

Con dos camisas y dos pantalones sobrepuestos y las mentiras repartidas a las dos nobles madres, las convencimos de que nos dejaran ir de noche a cine, porque era aniversario de Cine Colombia y repartían regalos a los asistentes.

Sin pensar adolescentemente las consecuencias que les produciríamos a nuestras madres, esa noche amanecimos en Guayaquil, escondidos en una

*cantina de mala muerte en espera de que amaneciera para viajar en el tren de la 6 rumbo a Puerto Berrío y, de allí, viajar en buque a Barranquilla.*

*Al despedirnos de Medellín, pasando por la estación de El Bosque, nos abrazábamos y, llorando, cantábamos:*

*—Adiós, muchachos, compañeros de mi vida, barra querida de aquellos tiempos. No conocíamos un río tan grande como el Magdalena, tan grande como nuestras ilusiones de 14 y 16 años, apenas empezando a despertar al mundo del espejismo y, cuando se ha tenido de todo sin luchar, se inicia el camino difícil al andar.*

*Siete días después llegamos a Barranquilla, nunca pensamos que se demoraría tanto el viaje y quedaríamos con nuestros ahorros exiguos. Mi compañero compró libros para revender, yo le ayudaba, En Barrancabermeja, empezó a sufrir la gente de calor y hubo una demora por el bajo caudal del río. Nosotros, mientras se cumplía la labor de cargar el barco, David Restrepo de la Naviera Colombiana, disfrutábamos bailando con unas esbeltas morenas que nos cobraban 5 centavos por pieza.*

*Siete días después llegamos a Barranquilla maltratados físicamente, pero con el ánimo inalterable. El mar, una alucinación. Acariciábamos con nuestras miradas esas enormes naves y planeábamos con cautela el abordaje clandestino en horas de la noche. Con tan mala suerte que el primer intento fuimos descubiertos por unos perros que nos ahuyentaron y alertaron a los guardias. Una burla cruel a nuestras ilusiones, una llama que nos quemó las alas.*

*Después de tres meses de pacientes penalidades, regresamos a Medellín maltratados, nuestra autoestima nos agobiaba más que el hambre. “¡Oh mamita! dame palo ¡pero dame qué comer!”. Gardel y su Buenos Aires querido, por esta vez se nos desvanecía.*

*Al medio camino de mi vida me trasladé a Quibdó a ocupar un empleo transitorio para organizar la imprenta del Departamento del Chocó. Con la experiencia que tenía en el ciclismo, como uno de los pioneros de este deporte*

en el departamento de Antioquia, con la colaboración del Capitán Rojas, comandante de la Policía de Quibdó, organizamos la Liga Departamental de este deporte y programamos varias competencias en Tutunendo, como preparación para representar al Chocó por primera vez en los Séptimos Juegos Nacionales celebrados en Cali.

Luego me trasladé a Bogotá, donde más tarde consolidaría mi hogar: me enamoré de una colegiala. “Linda colegiala de los ojos negros, mujer del mañana, ven te ruego yo... Tú que en las mañanas siempre me esperabas, con una sonrisa, yo te saludaba”, como dice el bello tango del compositor y cantante Pepe Aguirre.

La vida transcurría, trabajaba como linotipista en algunas empresas editoriales y terminé pensionado en la imprenta del Distrito Alcaldía de Bogotá. Allí fundé un club deportivo. De adulto mayor había cosechado algunos éxitos deportivos en atletismo e ingresé a la Asociación de Atletas Veteranos Asodimáster. A los 4 años de practicar con mucha perseverancia se me presentó la oportunidad de mi vida que había esperado por más de 60 años: fui llamado a integrar el grupo de 30 atletas que representarían a Colombia en el X Campeonato de Atletismo para Veteranos, en la bella ciudad Argentina de Mar de Plata al sur de Buenos Aires. “Caminante, no hay camino, se hace camino al andar”. Caminé por donde caminó el fuego del tango; “Un pensamiento triste que se baila”. Palpé con mis manos el Abasto, anduve por Calle Corrientes... “Sos de todos y de nadie, vas cruzando Buenos Aires con tu ritmo diferente. ¡Segura, tranquilizante, coqueta, vivaz, risueña, como una piba porteña que no ha cumplido los veinte!”. Qué lindo es beberse un vino en el Gran Almacén, uno de los sitios tradicionales del tango, recorrer Caminito en barrio La Boca donde se encuentra el museo y el monumental estadio del equipo de fútbol Boca Juniors. Visitar los sitios donde se presentaba lo más granado del tango mundial, llevar flores a la tumba de Carlos Gardel en el Cementerio La Chacarita.

—En nombre de todos los bohemios de Colombia que nos enamoramos,

*bebimos, lloramos y nos alegramos con tus canciones.*

*Estas fueron mis palabras al ofrendarle un ramo de claveles. Gracias a la vida.*

*Con lo cual concluía un nuevo capítulo de mi existencia. Se me dio la oportunidad de cobrar esta antigua deuda; el destino también es acreedor.*